

CAPÍTULO III.

LAS RELACIONES RELIGIOSAS.

§ I.—El cosmopolitismo cristiano.

N.º 1.—Extension del cristianismo.

Si el aislamiento está en la naturaleza de la organización feudal, el cosmopolitismo es propio de la sociedad cristiana. La Iglesia tiene la ambición de conquistar el mundo entero y de esparcir una misma fe por todas partes; el feudalismo tiende á fraccionar la humanidad y á relajar los vínculos que unen á los pueblos. El cristianismo quiere colocar al género humano bajo las leyes de un solo hombre, el vicario de Cristo; su ideal es una monarquía universal que abrace el mundo entero. ¿Podrá realizarse esa alta ambición del cristianismo, ó aspira á lo imposible? El porvenir responderá á esta pregunta. Hasta el día, los pueblos germánicos son casi los únicos que han respondido al llamamiento de Cristo. Se han hecho grandes esfuerzos en Oriente; pero los resultados no corresponden al celo de los trabajadores; la Iglesia no ha llegado siquiera á establecer la unidad en Europa. Una rama del tronco germánico, pero que sigue otras vías, se ha sustraído á la dominación romana; se ha entregado al cisma, y nada hay que anuncie su regreso á la unidad. El principio de división y de separación que Dios ha puesto en las naciones es

más poderoso que el genio que inspira al catolicismo. Los Eslavos, aun cuando cristianos, continúan separados del Occidente germánico por una muralla más grande que la inmensidad de los mares que aleja, sin separarlas, las poblaciones de origen germánico del antiguo y del nuevo mundo.

La unidad cristiana prosiguió sus conquistas bajo el régimen feudal. En la misma época en que el feudalismo amagaba aislar los pueblos de la Europa, el cristianismo preparó su futura unión; y del siglo X al XI, los Germanos del Norte y los Eslavos entraron en la sociedad europea mediante su conversión al Evangelio. La conversión tomó el carácter de los tiempos de violencia en que se verificó: tan cierto es que la religión que pretende ser divina é inmutable está sujeta á las influencias humanas. No son ya santos misioneros los que llevan la palabra de vida á los Bárbaros; son hombres casi tan bárbaros como las poblaciones á quienes pretenden convertir; su nombre sólo demuestra la revolución que se ha verificado: Enrique el Leon, Alberto el Oso prosiguen la obra de los San Bonifacio y San Anscario, y la fuerza de las armas y la au-

toridad de los reyes reemplazan á la predicación. Bajo el punto de vista religioso se debe reprobar la propaganda á mano armada, que, á mayor abundamiento, acusa de impotente á la religión que tales medios emplea. Pero, bajo el punto de vista de las relaciones internacionales, hay que aplaudir aquellas conversiones violentas que acabaron la unidad cristiana de los pueblos de Occidente, germen primero de la fraternidad de las naciones. Porque fué la guerra más bien que la religión el instrumento de aquella unión; que también la guerra tiene su misión providencial: bajo la mano de Dios, hasta la violencia conduce á la asociación de los pueblos.

La conversión del Norte germánico, comenzada por las pacíficas misiones de San Anscario, se concluyó en los siglos X y XI, y el cristianismo penetró hasta en Islandia. El paganismo en el Norte era contumaz, y más de una vez fué necesario emplear allí la fuerza para domeñar la resistencia de las poblaciones paganas: mucho contribuyeron á ello las victorias. Canuto el Grande, que reunió casi todo el Norte bajo sus leyes, vió en el cristianismo un instrumento de civilización, y le estableció definitivamente en Dinamarca. El feroz conquistador experimentó la influencia bienhechora de la religión que imponía á los pueblos, pues hizo una peregrinación á Roma, y desde allí anunció á sus súbditos que en adelante los gobernaría con justicia y caridad (1). Si los reyes hubieran empleado siempre aquel medio de conversión, sus esfuerzos se hubiesen visto coronados de pronto éxito; mas ordinariamente su celo consistía en un odio ciego contra el paganismo y tal vez contra las libertades públicas que estaban íntimamente ligadas á la antigua religión. Los paganos de la Suecia opusieron la fuerza á la fuerza que abatía sus ídolos; pero la monarquía era más poderosa, y triunfó (2). En la Noruega, la nación participaba de la soberanía con los reyes; y á mediados del siglo X, el príncipe Haron, educado en Inglaterra, propuso á los Noruegos que adoptasen la nueva religión; su propuesta halló poca acogida en la asamblea: unos repugnaban el ayuno como incompatible con el duro trabajo á que estaban entregados; otros preguntaban cómo habían de atender á su subsistencia si con-

sagraban una gran parte del año á fiestas religiosas: la misma nobleza era hostil á la introducción de unas creencias que amagaban destruir la organización de la antigua sociedad. Los reyes de Dinamarca, después de haber conquistado la Noruega, trataron de obtener por fuerza lo que el príncipe noruego no había podido obtener por la persuasión; el paganismo resistió, pero los reyes emplearon todos los medios de influencia que da el poder, los favores unas veces, la violencia otras, y los hombres del Norte acabaron por someterse á la ley del Crucificado (1).

La dulzura cristiana parecía incompatible con la dureza de aquellos hombres para quienes era un crimen verter una lágrima, aunque fuese por la muerte de un hijo (2), y cuya vida era, en cierto modo, un continuo vandalismo. La piratería estaba entre ellos honrada como el noble ejercicio de las armas; y para proscribirla, necesitó la religión tomar la forma de la fuerza, siendo la caballería religiosa la que hizo una guerra á muerte á los piratas. Por fin triunfó el espíritu cristiano (3): "Desde que los pueblos del Norte, dice *Adam de Brema*, han abrazado el cristianismo, han aprendido á amar la paz y la mansedumbre y á contentarse con su modesta suerte." Al cegar la fuente de los latrocinios del Norte, el cristianismo aseguró la tranquilidad y el reposo de la Europa, y las relaciones comerciales reemplazaron á las guerras crueles que los Normandos hacían á los pueblos del Mediodía.

La predicación del Evangelio encontró más graves dificultades entre los Eslavos que entre los Germanos, debido á que la conversión fué allí un instrumento de conquista. Los Alemanes hacían una guerra de exterminio á los Eslavos é imponían el cristianismo á los vencidos para vencer su obstinación; y los Eslavos rechazaban el cristianismo, porque la religión extranjera era una marca de servidumbre. En la mayor parte de las naciones eslavas, el Evangelio se introdujo por la fuerza; y la historia del cristianismo entre esos pueblos es la historia lamentable de sus derrotas, de sus insurrecciones sangrientas y de la represión más san-

(1) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, página 45.

(2) ADAM. BREMENSIS: «Lacrimas et planctum ceteraque compunctionis genera que nos salubria censemus, ita abominantur, ut nec pro peccatis suis, nec pro caris defunctis ulli fieri liceat.»

(3) *De situ Danie*, c. XCVI.

(1) WILKINS, *Concilia*, t. 298.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, página 41.

grieta aún que lo que los vencedores llamaban rebelión y apostasía. Si los Eslavos, en medio de su furor, habían llegado á degollar á sus príncipes cuando éstos se mostraban favorables á la religión cristiana, fué debido á que el paganismo era para ellos una cuestión de libertad y de independencia. Los historiadores contemporáneos lo confiesan. Los Alemanes no convertían á los Eslavos más que para explotarlos, y la religión servía de instrumento á la codicia y á la ambición (1).

Si en algún punto la conversión fué pacífica, se debió á la influencia de la monarquía; el duque de Polonia fué convertido al cristianismo por su mujer, princesa bohemía, y después impuso su religión á sus súbditos; pero el paganismo quedó en el fondo de los corazones. Los Húngaros fueron durante mucho tiempo el terror de los pueblos cristianos; pero vencidos y un tanto civilizados, el interés hizo que sus reyes se adhiriesen á la sede romana. Uno de sus príncipes mereció ser colocado en el número de los santos: San Estéban empleó todos los medios de que puede disponer un rey para atraer al cristianismo á sus súbditos; la conversión, poco sincera, se vió turbada por muchos arrepentimientos, y fué necesario acudir á la severidad de las leyes para reprimir las apostasías y para vencer las resistencias (2). Desde últimos del siglo X hasta principios del XI, los duques de Polonia hicieron una guerra encarnizada á las poblaciones paganas de la Pomerania. La ambición se cubrió con la máscara del celo religioso; y á pretexto de convertir paganos, los Polacos sostuvieron largas guerras. Vencidos los Pomeranos, se hacían bautizar; pero tan luego como habían recobrado fuerzas, rechazaban el cristianismo con el yugo del extranjero (3). Acabada la conquista, llegaron los misioneros, cuya tarea era fácil, precedidos como iban por el terror que infundía el nombre polaco: la conversión no era más que la toma de posesión de un país vencido. El siglo XII es el reinado de la fuerza en el terreno de la religión. La resistencia fué tenaz, y más de un país quedó desierto y tuvo que ser repoblado por colonos alemanes. La conversión

(1) ADAM. BREMENS., IV, II; HELMOLD, I, 21, 25 (PERTZ, t. VII, página 344).

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, páginas 118, 126.

(3) MARTINI GALLI *Chronica*, p. 15 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 89, nota a).

de los Fineses, de los Livonios y de los Prusianos fué una horrible carnicería (1).

La guerra es muy mal instrumento de conversión; la religión impuesta por la fuerza, léjos de unir las razas enemigas, sólo consigue dividir las más; una parte muy pequeña de los Eslavos fué convertida al Evangelio por la conquista germánica; el resto de las poblaciones quedó fuera de la unidad romana. La Rusia, medio oriental, se dejó arrastrar por el cisma griego; y confundiéndose la religión con el Estado, el cristianismo fué impuesto por medio de un ukase (2). La influencia de las razas se manifiesta en aquella oposición entre el cristianismo griego y el cristianismo romano: siempre la antigua oposición del Oriente y del Occidente. Roma no ha llegado ni llegará á establecer la unidad allí donde Dios ha querido la diversidad. Apenas si el catolicismo ha llegado á prender en la raza eslava. En Oriente, sus esfuerzos fracasaron por completo en la Edad Media; y las cruzadas no quitaron al mahometismo ni una pulgada de tierra, ni un alma; cierto es que dieron lugar á que se estableciesen relaciones entre el papado y el lejano Oriente, pero relaciones diplomáticas más bien que religiosas.

La unidad cristiana se terminó en el Occidente en la época misma en que se constituía el feudalismo. Hemos estudiado el genio germánico, que, condenado en apariencia al aislamiento, se abrió ancho camino por la fuerza de expansión que posee. Sigamos ahora á la religión y á la Iglesia en aquellos siglos en que parece reinar el aislamiento más completo, y verémos cómo la unidad católica domina la diversidad feudal.

N.º 2.—*El cristianismo, lazo internacional.*

I.—*La religión.*

La religión es por su esencia un lazo entre los hombres; la fe une á los que participan de ella, como la sangre une á las familias. La unión religiosa puede existir en todo su rigor, sin que los creyentes, esparcidos por las diversas partes de la tierra, se vean ni se conozcan: saben que son uno en Dios, y eso basta para mantener el sentimiento

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, p. 89.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, páginas 116-118.

de fraternidad. En una época en que las relaciones son fáciles y numerosas, en que la escritura, multiplicada hasta lo infinito por la prensa, se difunde por todo el mundo con la maravillosa prontitud de la luz, la vida religiosa puede circular activa y potente á través de los espacios, sin que los hombres se muevan. Pero no sucede así en los tiempos en que las comunicaciones son raras y difíciles: se necesita entonces que los hombres se toquen, para que haya cambios de ideas y de sentimientos entre ellos; el aislamiento intelectual relajaría y acabaría por romper el lazo que la comunidad de creencias establece entre los fieles. Tal era el estado de la sociedad bajo el régimen feudal; no existían los medios que hoy tenemos para comunicar nuestras ideas, y se necesitaba que los mismos hombres se pusiesen en movimiento para mantener los lazos intelectuales: tal es la razón providencial de las peregrinaciones, que fueron para la religión lo que el espíritu de aventura fué para la caballería. Muchas veces se mezclaban y confundían los dos sentimientos; no pocos peregrinos eran barones á quienes los remordimientos de una vida de vandalismo llevaban á los Santos Lugares para buscar en ellos la expiación de sus pecados; y aún aquellos que no tenían crimen que expiar iban impelidos por el genio inquieto de la raza germánica; la peregrinación les servía para sustraerse al enojo de la aldea; la vida errante del peregrino satisfacía á la vez el sentimiento religioso y la necesidad de movimiento (1). Demos gracias á ese espíritu aventurero de nuestros padres, y felicitémonos de que la religión sirviese de instrumento para crear relaciones entre los hombres. Sin las peregrinaciones de los fieles, sin las aventuras de las hordas de armas, la sociedad cristiana se habría inmovilizado entre las cadenas del feudalismo, y la inmovilidad es la muerte.

Pero si las peregrinaciones fueron un instrumento poderoso de civilización, ¿quiere eso decir que hay que enaltecer aquella superstición de la Edad Media como una obra santa? Guardémonos de santificar nuestros errores sólo porque Dios sabe sacar de nuestros extravíos ventajas para el progreso de la humanidad. También la guerra mez-

cla los pueblos y las civilizaciones; ¿habrá que legitimar por eso las malas pasiones que ensangrientan al mundo? Las peregrinaciones, á pesar del bien que produjeron, estaban inspiradas por la superstición; y no son los filósofos los primeros que las han reprobado, lo hicieron ántes los Padres de la Iglesia. Oigamos á un ilustre teólogo de la Iglesia griega; Gregorio Nacianceno dice: «¿Habita Dios corporalmente en determinados lugares más bien que en otros?... No es el cambio de habitación lo que nos aproxima á Dios. En cualquiera parte que esteis vendrá Dios á vosotros, si vuestra alma es un asilo digno para recibirle. Pero si en vosotros el hombre interior está lleno de pensamientos culpables, aunque estuviérais sobre el Gólgota, aunque estuviérais en el Monte de las Olivas, aunque estuviérais en el sepulcro de la Resurrección, estaríais tan distantes de Jesucristo como aquellos que jamás han profesado su fe. Aconsejad, pues, á vuestros hermanos que para elevarse á Dios no viajen á Palestina, sino que se aparten del mundo» (1). Los Padres latinos, aún cuando eran menos opuestos que los griegos á las exterioridades, participaban de las opiniones de aquéllos respecto á las peregrinaciones: «¿Nos ha dicho acaso Jesucristo: Id á Oriente para hallar justicia, navegad al Occidente para merecer el perdón de vuestros pecados? No son los largos viajes, dice San Agustín, los que constituyen la fe. En cualquiera lugar que esteis, podeis elevaros á Dios, pero es amando, no navegando» (2). San Jerónimo pasó su vida en la Tierra Santa; y testigo de la concurrencia de peregrinos, el celo de éstos no debió edificarle gran cosa, cuando escribe que las puertas del cielo se abren en Bretaña tan bien como en Jerusalem (3). Esos testimonios se refieren á los bellos siglos de la Iglesia; ¿qué no sucedería durante la noche de la Edad Media? Los santos y los concilios responderán por nosotros. Á mediados del siglo VIII, San Bonifacio escribe al arzobispo de Cantorbery: «No puedo ocultaros que la honestidad y el pudor de vuestra iglesia sufren gran detrimento; y no hay más que un remedio al mal, se necesita que un concilio prohíba á las religiosas y á las mujeres

(1) GREG. NAZIANC., *Op.*, t. III, p. 613.

(2) AUGUSTIN., *Sermo I, de Verbis apostolicis Petri ad Christum; Serm. III, de martyr. verb.*: «Ad eum ubique es, amando venitur, non navigando.»

(3) HIERONYM., *Epist. XIII ad Paulin.*

(1) En las *Fórmulas* de MARCOLOFO (II, 49) se puede ver una carta de recomendación de un peregrino para el papa y para varios obispos: «Portitor iste, radio inflammato divino non, ut plerisque mos est, vagandi causa...»